

Cadena de adoración perpetua

En la fiesta de San José, esposo de la Virgen María, patrono de la Iglesia, de la familia, de las vocaciones y de la buena muerte, fecha memorable para la ciudad de Alicante y para nuestra Diócesis de Orihuela-Alicante, y en una capilla nueva, recoleta, bien situada (Plaza de la Montañeta, 7. Alicante), ha quedado instalado el Santísimo Sacramento. Allí nos espera a todos, día y noche, el Jesús del Sagrario, que es el Jesús del Evangelio, pero expuesto, es decir, en permanente manifestación, y nos invita a la acogida y al diálogo. Mirándonos cara a cara y deseando que le miremos, en los momentos de adoración.

“El Señor, explicaba un día el Cardenal Ratzinger, sólo pudo decir que su cuerpo era ‘entregado’ porque, de hecho, lo ‘*entregó*’; sólo pudo ofrecer la sangre en el nuevo cáliz como sangre derramada por muchos, porque realmente la *derramó*. Este cuerpo ya no es el cuerpo muerto para siempre de un difunto, ni la sangre es el elemento de vida a la que ahora le falta la vida. Es, más bien, la entrega que se convierte en don, porque el cuerpo entregado por amor y la sangre derramada por amor han entrado, por medio de la resurrección, en la eternidad del amor que es más fuerte que la muerte. Sin la cruz y la resurrección, el culto cristiano es vano y una teología de la liturgia que dejara de lado esta relación, realmente sólo estaría hablando de un juego vacío”¹.

Sólo podemos recibir a Jesús en la comunión, estando convenientemente preparados para hacerlo. Podemos, sin embargo, adorarlo en

“un movimiento de oración, que ponga en el centro la adoración eucarística, continuada las veinticuatro horas, de modo tal que de cualquier rincón de la tierra se eleve a Dios siempre, incesantemente, una oración de adoración, agradecimiento, alabanza, petición y reparación. El objetivo principal es suscitar un número suficiente de santas vocaciones al estado sacerdotal y, al mismo tiempo, acompañar espiritualmente, a nivel del Cuerpo Místico, con una especie de maternidad espiritual, a quienes ya han sido llamados al sacerdocio

¹ Cardenal Ratzinger. El espíritu de la liturgia: una introducción, Madrid 2001, 77.

ministerial y están ontológicamente conformados al único Sumo y Eterno Sacerdote”².

A la posible objeción de algunos, se responde:

“Que nadie diga ahora: la eucaristía está para comerla y no para adorarla. No es, en absoluto, un ‘pan corriente’, como destacan, una y otra vez, las tradiciones más antiguas. Comerla es un proceso espiritual que abarca toda la realidad humana. ‘Comerlo’ significa adorarle. ‘Comerlo’ significa dejar que entre en mi de modo que mi yo sea transformado y se abra al gran nosotros, de manera que lleguemos a ser *uno sólo* con Él (Gá 3,17). De esta forma, la adoración no se opone a la comunión, ni se sitúa paralelamente a ella: la comunión alcanza su profundidad sólo si es sostenida y comprendida por la adoración”³.

Adoración reparadora

Es bueno también reparar al Señor, personal y comunitariamente, por nuestras faltas y pecados y por las ofensas de los hermanos. “Hay quien, al decir que Dios está muerto, se declara “dios” a sí mismo, pues se considera el único artífice de su destino, el propietario absoluto del mundo”. La frase es del Papa Benedicto XVI en la apertura del Sínodo de Obispos, dedicado a *La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia*. “Al desembarazarse de Dios y sin esperar de él la salvación, matizaba en otro momento el Papa, el hombre cree que tiene la capacidad de hacer lo que le agrada y que se puede poner como único patrón de sí mismo y de su modo de actuar” (5.10.2008).

Estamos viviendo un momento, especialmente delicado y difícil. La petición de perdón se pronuncia normalmente en primera persona “por la necesidad de aceptar personalmente la propia culpa, el carácter indispensable de la conversión personal, que hoy se esconde con frecuencia en la masa anónima del nosotros, del grupo, del “sistema”, de la humanidad donde todos pecan y, a la postre, ninguno parece haber pecado. De este modo se disuelve el sentido de culpabilidad, el sentido de la culpa personal”⁴.

² Congregación del Clero, Adoración eucarística para la santificación de los Sacerdotes y maternidad espiritual, Madrid 2009, 9.

³ Cardenal Ratzinger. El espíritu de la liturgia: una introducción, Madrid 2001, 112.

⁴ Cardenal Ratzinger, Informe sobre la fe. Madrid 1985,57.

Pero conviene, además, que unidos en grupo o en cadena ininterrumpida, reparemos al Señor por las ofensas que Él recibe de toda la humanidad.

¿Y qué es reparar?

Reparar, según santa Margarita María de Alacoque, es devolver amor al que ama y no es amado. Es amar a fondo perdido. Al caer el muro de Berlín, Julián Marías dijo: El gran problema que nos acecha es el islamismo. Y en 1999 escribió: La aceptación social del aborto es lo más grave que ha ocurrido en este siglo, pues es el máximo desprecio de la vida humana. Compara esta realidad con cosas admitidas durante siglos, como la esclavitud que se aceptaba y se legislaba; y los jueces dictaban cómo se debía hacer la tortura y en qué condiciones. Ojalá el aborto nos parezca pronto tan monstruoso como la esclavitud...

Nuestra actitud, por tanto, ha de ser en todo momento filial y fraterna, de respuesta a Dios y de servicio a los hermanos, sin exclusiones de ningún tipo. Cristo vino a llamar a todos, a los que están cerca y a los que están lejos. Y como Buen Pastor, busca también a las ovejas descarriadas o alejadas del redil. Después del Bautismo, el camino para volver a la casa del Padre es la penitencia. Lo que más emociona a Dios y más le enternece es la misericordia. Estos aspectos se han de tener en cuenta en la confesión y en la recepción de la Eucaristía. El padre de la parábola dice al hijo mayor: "Todo lo mío es tuyo"...(Lc 15, 25-32).

De cara al mundo, mostremos los cristianos alegría en el servicio al Padre, apoyados siempre en su palabra: "Todo lo mío es tuyo". "El mayor honor que podemos dar a Dios, escribía Norwich, es vivir gozosamente por el hecho de saber que nos ama". Y Fulton Sheen gustaba de repetir: "Dios no nos ama porque somos buenos. Somos buenos porque Dios nos ama". La palabra de Dios meditada en el silencio de la adoración nos ayuda igualmente a ponernos a disposición y a compartir lo nuestro con los demás.

+ Rafael Palmero Ramos
Obispo de Orihuela-Alicante